

ORTEGA Y AMERICA

SOLEDAD ORTEGA

La influencia de José Ortega y Gasset en el mundo cultural de Iberoamérica, en el desarrollo de su pensamiento filosófico y hasta en el lenguaje literario, es un hecho sobradamente conocido y comentado. La bibliografía sobre Ortega en periódicos y libros, el pensamiento de Ortega como tema de las más diversas conferencias y mesas redondas ha sido de una gran riqueza desde su primer viaje a la Argentina en 1916.

Como anécdota directa, tengo que confesar que yo misma quedé sorprendida cuando volví a la Argentina después de los años del exilio (1939-1940) que había compartido allí con mi padre. Habían transcurrido treinta y seis años, yo viajaba por motivos editoriales, aunque también invitada a dar unas conferencias sobre la personalidad humana de Ortega y los recuerdos vivos que podían resultar testimonio interesante para las nuevas generaciones. Pues bien, me encontré con que todos los periódicos aprovechaban el anuncio de mi llegada para resaltar en grandes titulares los juicios de Ortega sobre la Argentina seguidos de comentarios, las más veces nostálgicos, de lo que hubiera

sido la realidad argentina —incluso la política— de los últimos años transcurridos si hubieran tenido seriamente en cuenta los juicios e incitaciones de Ortega. «Argentinos, a las cosas...», rezaba alguno de aquellos titulares.

Sin llegar a tanto, porque la relación de mi padre con el resto de Iberoamérica fue menos directa y estrecha, encontré resonancias del mismo calibre en México, en Caracas, en Puerto Rico... El eco de su voz permanece vivo en toda la América hispanohablante. Luego hablaremos de la América anglosajona.

Precisamente porque todo esto es sobradamente conocido y se ha puesto aún más de manifiesto en este año de la celebración del centenario del nacimiento de nuestro pensador, me interesa aquí hablar del otro lado de la cuestión. Pues si bien Ortega dio mucho de sí mismo a los pueblos de América hispánica, no cabe duda que el enriquecimiento fue recíproco y él mismo lo ha dejado consignado en letra impresa. Desde ese primer viaje en 1916 que he citado antes, queda marcada la vida del escritor por la experiencia americana que supone primordialmente una repentina y tonificante ampliación de su horizonte.

La tarea de «hacer España» en que se abrasa la juventud del filósofo adquiere de pronto una justificación mayor al palpar la influencia que una España en forma podría tener en un certero y positivo desarrollo de los pueblos americanos de habla española.

«Así nosotros —había escrito en 1915—. Habiendo negado una España, nos encontramos en el paso honroso de hallar otra. Esta empresa de honor no nos deja vivir. Por eso, si se penetrara hasta las más íntimas y personales meditaciones nuestras, se nos sorprendería haciendo con los más humildes rayicos de nuestra alma experimentos de nueva España» (*Meditaciones del Quijote*, O.C. t. I, pág. 328).

El viaje de 1916 a la Argentina coincide con el momento de ferviente eclosión de la personalidad y el pensamiento de Ortega —los treinta y tres años— y se

encuentra con un pueblo joven, plétórico de ricas posibilidades y con el que nos unen lazos histórico-raciales, de lengua, de usos sociales.

Hay que tener en cuenta que Ortega no escribe ni habla nunca para un público indefinido, sino para uno muy concreto que constituye su «circunstancia», como corresponde al profundo pensamiento filosófico que subyace a toda su actividad, a toda su obra. Contaba muchas veces a este respecto una anécdota sobre la recepción celebrada, en un momento dado, en honor de Víctor Hugo, ya viejo y consagrado, en que éste va saludando a los representantes de todo el mundo con una frase definitoria o alusiva a lo que el país de origen de cada uno representa en el concierto de los pueblos y naciones; y cómo, al presentarse el representante de Mesopotamia, sin saber qué decir, el insigne escritor francés encuentra la fórmula adecuada a esa tierra ignota y lejana adjudicándole su supuesta reputación de haber sido la cuna de la Humanidad. Pues bien, Ortega decía que él no había hablado nunca «para la Humanidad», sino siempre para un público concreto. Y cuando cruza el Atlántico, ese horizonte real de sus oyentes se amplía, y ello produce en el joven pensador una impresión tonificante. «Es decir —escribirá luego—, que yo debo, ni más ni menos, toda una porción de mi vida —situación, emociones, hondas experiencias, pensamientos— a ese país [Argentina]» («Por qué he escrito 'El hombre a la defensiva'», artículo publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 13 de abril de 1930).

Muchos años después, casi al final de su vida, Ortega recibe esa misma impresión tonificadora en su viaje a Estados Unidos, el primero y el único de su existencia. En agosto de 1949 va a Aspen, Colorado, invitado por un grupo de intelectuales, financieros y hombres de ciencia de Chicago que han constituido en esta localidad de las montañas de Colorado un equipo que aún no sabe bien cómo cuajar, pero que pretende influir poderosamente en la vida intelectual de Estados

Unidos. En ese momento celebran el bicentenario de Goethe con el concurso de las más prestigiosas figuras de Europa y América. El presidente de este symposium es nada menos que Albert Schweitzer. Los directivos de Aspen preguntan a los intelectuales alemanes sobrevivientes de la terrible derrota de su país, quién quieren que les represente para honrar a una de las máximas figuras germánicas, y ellos —concretamente el conde de Keyserling— designan a Ortega.

El éxito de su conferencia, en la que actúa Thornton Wilder como traductor simultáneo, es tan grande, que el filósofo español se convierte en el centro indiscutible del congreso. Y de los consejos que enviaría después al grupo de profesores y empresarios de Chicago, organizadores del acto, nace lo que ellos pretendían crear: un centro de tipo universitario, el Instituto de Humanidades de Aspen, implantado hoy en tres continentes. Al cumplirse el 25 aniversario de la creación de dicho instituto, se celebra en Aspen otro symposium en que se exalta la figura de Ortega y se confirma hasta qué punto han seguido sus ideas sobre la enseñanza universitaria.

Por otro lado, en Estados Unidos se suceden las ediciones de los libros de Ortega y son incontables las tesis y estudios sobre su obra y su pensamiento. Falta aquí la comunidad de raza, de historia, de lengua, pero es otro pueblo joven que parece identificarse con las ideas de Ortega. En el momento actual, bien lejos ya de aquel año 1949 de Aspen, el grupo, llamado también «de Chicago» porque lo constituyen principalmente profesores universitarios allí reunidos, propugna una reforma de todas las universidades norteamericanas, reforma inspirada de forma declarada en las ideas vertidas por Ortega en *Misión de la Universidad*. El mayor impulsor de este movimiento es el profesor Mortimer Adler, y los trabajos reformadores de todo este grupo se recogen en una publicación titulada *Paideia Proposal, and Educational Manifesto*.

Si la muerte no hubiese cortado la vida de Ortega,

en 1955, su labor de influencia en el continente americano hubiese dado frutos aún más sazonados e importantes, y él, a su vez, hubiese recibido incitaciones e impulsos que hubieran plasmado en páginas de expresión de su pensamiento que la muerte nos ha arrebatado. El toma y daca con los pueblos jóvenes de América hubiera continuado por unos años más.